

general francés Broglie que se encontraba con sus fuerzas en Budweis, podría haber alcanzado sobre el resto grandísimas ventajas; pero en lugar de aprovechar tan favorable coyuntura, se había limitado á sostener á Frauenberg contra un ataque del feldmariscal Lobkowitz, á quien venció en un feliz encuentro cerca de Sahay; y despues de la batalla de Chotusitz vió tranquilamente cómo los dos ejércitos austríacos efectuaban su reunion sin ponerles ningun obstáculo, y hasta se dejó rechazar desde Frauenberg primero hasta Pisek y finalmente hasta Praga. No era Federico de Prusia hombre para sacrificarse por semejante aliado; ni el general Belleisle que le fué á ver en 2 de junio tuvo valor para hablarle de ello al saber que el rey estaba en negociaciones de paz. Los preliminares fueron firmados en Breslau el 11 del mismo mes entre Podewils y lord Hyndford. En el quinto artículo de estos preliminares cedió María Teresa al rey de Prusia y á sus sucesores: *La Silesia baja y alta con el condado de Glatz, excepto los distritos de Teschen y Troppau, el país al otro lado del Oppa y hasta la cresta de la cordillera que separa la Silesia de la Bohemia.* El rey por su parte renunció á todos sus demás derechos y pretensiones sobre el Austria de cualquiera clase que fuesen.

Hecha la paz con la Prusia, carecía de sentido la continuacion de la guerra de sucesion; porque la prudencia aconsejaba desistir de una empresa que sin la cooperacion de aquella potencia, no podía ser sino desastrosa para los que se empeñaran en su continuacion. El mariscal Belleisle vió destruido su célebre «Sistema»; la Sajonia por sí sola era impotente, la Baviera estaba ocupada por los austríacos, y el mariscal Broglie en Praga como en una ratonera. Era de ver cómo el viejo Fleury suplicaba poco menos que sollozando que se arreglase la paz y de buena gana habria abandonado y sacrificado al emperador si con esto hubiese podido obtener la retirada libre del ejército de Broglie.

A pesar de todo duró la guerra en mayor escala que nunca seis años mas, vertiéndose rios de sangre sin que por esto variase la situacion respectiva de los países al Norte de los Alpes, y variando muy poco la de los situados al Sur, porque al final vino á reconocer con corta diferencia la situacion creada por el tratado de Breslau del 11 de junio de 1742. ¿Por qué pues no se hizo la paz completa en el verano del mismo año? Porque María Teresa no quiso, y porque la política necia y personal de Jorge II y de su nuevo ministro lord Carteret fomentó y auxilió el ardor belicoso de la reina que ni perdonaba á Federico II, ni queria conformarse con la mas pequeña reduccion de su territorio. Solicitaba una indemnizacion por la pérdida de la Silesia; la queria á costa de la Baviera, y pretendia indemnizar al elector á costa de la Francia quitando á esta la Alsacia, la Lorena y la Borgoña.

De ahí la continuacion de la guerra con Baviera y Francia. En Italia las armas austríacas unidas á las de Cerdeña habian alcanzado grandes ventajas sobre las españolas, habiendo ocupado los dos aliados el ducado de Módena en junio de 1742, y obligado al duque de Montemar á ponerse en retirada, en cuya operacion perdió la mitad de su gente por desercion y enfermedades. Carlos Manuel III se había asociado al Austria contra los españoles en la esperanza de extender sus dominios; y como María Teresa no queria aflojar nada de lo suyo, á saber, parte de la Lombardia, se propuso reconquistar á Nápoles y Sicilia para indemnizar con esta última á la casa de Saboya. De aquí la continuacion de la guerra entre Austria y España.

Para ambas guerras podía contar María Teresa con subsidios, buques y fuerzas terrestres de Inglaterra; estas últimas para la defensa de Bélgica. A no ser por este poderoso auxilio, no habria rechazado María Teresa tan rudamente las

proposiciones de paz de Fleury y de Belleisle, y por grande que fuera su rencor y su deseo de venganza habria tenido que renunciar á hacer expiar á aquel zorro viejo de Versalles sus arterías.

Segun se verá y ya hemos dicho, no produjo la continuacion de la guerra la mas pequeña ventaja ni lauro alguno al Austria; y en cuanto á las armas francesas solo recogieron desgracias y vergüenza.

El ejército austríaco de Bohemia reunido estaba acantonado al rededor de Praga y su general en jefe, el gran duque Francisco de Toscana, tenia orden de «exterminar» á los franceses encerrados en la capital. El gran duque necesitó cuatro semanas para pensar cómo empezaria el sitio. En 26 de julio lo formalizó; Broglie hizo salidas que costaron muy caras á los sitiadores, y para mayor espanto de estos vino á fines de agosto la noticia aterradora de que habia salido de Francia á despecho del ejército inglés estacionado en Flandes, otro francés mandado por el mariscal Maillebois con orden de socorrer la plaza de Praga. Con el fin de salir al encuentro y derrotar á este ejército antes de que llegara, levantó el gran duque en 12 de setiembre el sitio, se dirigió á la frontera de Bohemia y llamó á su auxilio al general Khevenhüller, que estaba en Baviera. Llegó Maillebois y entró en Bohemia; pero el gran duque ni fué á su encuentro ni menos le libró batalla; se limitó á situarse entre el ejército francés y Praga. El mariscal Maillebois, muy contento tambien de no pelear, se quedó tranquilamente en Eger, y despues de haber mirado un poco los alrededores volvióse el 27 de octubre al Rhin tan sosegadamente como habia venido y estableció su campamento cerca de Neustadt junto al rio Nab en el Palatinado alto. El mismo día 27 salió el mariscal Broglie con una parte del ejército francés de Praga donde quedó Belleisle con el resto. Acudió el príncipe Lobkowitz con 17,000 austríacos para no dejar un francés vivo, pero en la noche del 16 de diciembre salió Belleisle con 11,000 infantes y 3,000 caballos de la ciudad sitiada y llegó con estas fuerzas á Tschlowitz sin que el general austríaco conociera que los sitiados habian ya salido y estaban lejos.

Desde este último punto fueron perseguidos los franceses por los húsares del general Festetic. Su retirada, efectuada de noche al través de la nieve y el hielo con un frio terrible fué desastrosa; pero la fuerza de voluntad del mariscal y la perseverancia y energía admirables de sus soldados, les valieron para llegar el 27 de diciembre á Eger con la pérdida de 1,500 hombres. Del resto apenas quedaba una mitad apta para el servicio. Dos días antes habia capitulado el teniente coronel Chevert que con 6,000 hombres casi todos inválidos ó enfermos habia quedado en Praga. Fuéronle concedidos los honores de guerra y en 2 de enero de 1743 salió con direccion á Eger dejando mas de 2,000 soldados enfermos en los hospitales de la capital.

Así concluyeron los ensueños de gloria y las fantasías del mariscal Belleisle. Su célebre sistema inaugurado en julio de 1741 habia acabado en una verdadera catástrofe en vida del cardenal Fleury, que murió en 29 de enero de 1743 mientras las personas reunidas en la antesala se referian los epigramas descarados y canciones satíricas con que los parisienses desahogaban la ira que les causaban las desgracias y afrentas que el gobierno del viejo prelado habia acarreado á la nacion. Pero nada de cuanto pudo haber inventado el humor desesperado de este pueblo, siempre dado á epigramas y el mas chistoso de todos los pueblos aun en sus infortunios, nada igualó á la frase ridicula que soltó el rey Luis XV cuando le llevaron la noticia del fallecimiento del cardenal, diciendo á los que estaban presentes: «Señores, el primer ministro soy yo.»—Así lo refiere Argenson en sus memorias.

III—LA POLÍTICA BELICOSA Y LAS EMPRESAS GUERRERAS DE JORGE II (1)

Roberto Walpole, por apego á su cartera de ministro, habia consentido en dos guerras que interiormente condenaba: la marítima contra España y la cruzada en favor de la pragmática-sancion de la familia de Habsburgo. Fué un sacrificio que hizo ante la gritería de la oposicion, ante los clamores de la opinion pública extraviada y ante la aficion necia de la corte á correr aventuras. Aunque los resultados de ambas guerras hubiesen sido favorables en lugar de desgraciados como lo fueron para Inglaterra, no habria sido menos digna de reprobacion la conducta de aquel ministro, que se rebajó á proceder contra su conviccion y conciencia. Toda guerra, aun la mas feliz, acarrea á un pueblo industrial y mercantil sacrificios y padecimientos de toda clase. Además el ministro de un país en cuyo parlamento se manifiesta una oposicion diligente y nada escrupulosa en los medios que emplea, tiene la vida ministerial siempre pendiente de un hilo. En ningun caso puede el ministerio de un gran país escudarse con decir: «todo eso ya lo sabia yo, pero vosotros, representantes del pueblo, lo quisisteis así»; porque el deber del gobierno, parlamentario ó no, es no solo prever los sucesos, sino proceder en consecuencia.

La guerra marítima contra España fué desgraciada desde un principio.

La escuadra compuesta de cinco buques de guerra y uno de transporte á las órdenes del comodoro Anson levó anclas en 18 de setiembre de 1740 con rumbo al Perú y con el objeto de saquearlo. Llegó en marzo siguiente al cabo de Hornos, donde una tempestad horrorosa la dispersó y en parte aniquiló. Anson, que en esta expedicion dió pruebas de ser un excelente marino, se dirigió con tres buques que le quedaron á la isla de Juan Fernandez desde donde hizo excursiones muy provechosas capturando buques españoles, y conquistando y saqueando la ciudad de Paíta en el extremo Noroeste de la costa peruana; pero cuando desde este punto quiso dirigirse al istmo de Panamá para ponerse en contacto con el almirante Vernon, que segun se habia convenido debia conquistar á Portobello é ir tambien al istmo por el lado del golfo mejicano, supo por prisioneros españoles que su colega habia sido víctima de una gran catástrofe en Cartagena de Indias.

En 20 de noviembre de 1739 habíase presentado el almirante Vernon con seis buques de guerra delante de Portobello, y al día siguiente mandó atacar el pequeño fuerte á la entrada del puerto, arrojando de él despues de un corto tiroteo á los hombres que servian las baterías. Los marinos ingleses escalaron las murallas y ocuparon la plaza sin trabajo. Al día siguiente tomaron otro fuerte situado mas arriba y pronto quedó la ciudad, el puerto y la ciudadela en manos de los ingleses que solo habian perdido siete hombres en la refriega. El botín fué ridiculo consistiendo solo en 10,000 pesos fuertes con los cuales se volvieron satisfechos á la Jamaica.

Este golpe de mano, que no valia la pena de ser mencionado, fué ensalzado por la oposicion como un hecho de armas glorioso, porque Vernon era uno de los adversarios de Walpole, al cual la misma oposicion atribuyó luego toda la culpa cuando vinieron los descalabros.

(1) COXE, *Memoirs of the Kings of Spain*.—MAHON, *History of England*.—DROYSEN, *Federico el Grande* (en aleman).—RANKE.—JOBETZ, *La France sous Louis XV*.—*Mémoires politiques et militaires composés sur les pièces originales recueillies par A. M. duc de Noailles, maréchal de France et ministre d'état. Par l'abbé Millot, Paris 1777.*

A fin de dar al almirante los medios de hacer nuevas conquistas, y mas todavía de resistir á las sendas escuadras que acudian de España y Francia, habilitó el gobierno inglés otra escuadra que partió en octubre de 1740 á las órdenes de Sir Chaloner Ogle. En la Jamaica reuniéronse ambas escuadras británicas componiendo una armada cual no se habia visto todavía en aquellas aguas, porque la formaban en total 115 buques, entre ellos 30 navios de línea, con una tripulacion de 1,500 hombres y 12,000 soldados de desembarco. Celebróse un consejo de guerra en el cual prevaleció la opinion de Vernon, y se resolvió atacar á Cartagena, la plaza mas fuerte de toda la América española, tanto que sin mediar traicion ó por alguna sorpresa era inexpugnable. A pesar de ser esto cosa harto sabida, tuvo Vernon en su necio orgullo la sandez incalificable de comunicar este proyecto al gobernador francés de Santo Domingo que naturalmente se dió prisa á hacerlo saber á los españoles y estos avisaron en seguida al eminente comandante de Cartagena, marqués de



Medalla inglesa conmemorativa de la toma de Portobello

Eslava. El marqués no perdió tiempo y aprovechó los 3 ó 4 meses que quedaron para poner las obras defensivas de la plaza en buen estado, aumentarlas, cerrar el puerto con cadenas y buques echados á pique, y formar de las tripulaciones de los buques anclados en él y de los esclavos armados un cuerpo de 4,000 hombres decididos y de confianza.

En 4 de marzo de 1741 presentóse la escuadra inglesa á la vista del puerto. Antes de pasar adelante celebróse un consejo de guerra y por gran suerte supieron unirse los convocados sobre la cuestion mas importante para ellos, es decir, la del reparto del botín que pensaban hacer. Despues de quince días de un vivo cañoneo tomaron al asalto el fuerte valerosamente defendido, llamado de Boca Chica y situado á la entrada del puerto, con la pérdida de 400 hombres. Con esto pudieron entrar en el puerto, mientras los españoles evacuaron el otro fuerte llamado Castillo Grande porque era ya insostenible. Estando así las cosas, despachó Vernon uno de sus buques para llevar la feliz noticia á Inglaterra, dando á Cartagena por conquistada. La patria agradecida mandó acuñar á toda prisa una medalla conmemorativa que representaba en un lado á Cartagena y en el otro el almirante Vernon con la leyenda: «El vengador del honor de su país.»

Hasta aquí todo habia ido bien, pero aun faltaba mucho que hacer. Wentworth, el general en jefe de las tropas de desembarco, no se llevaba bien con Vernon y un suceso imprevisto divorció y enemistó completamente á los dos, siendo además causa de que naufragara de repente toda la empresa. Una seccion de 1,200 soldados escogidos fué mandada en 19 de abril á tomar por asalto el fuerte de San Lázaro. Subieron la eminencia en que estaba dicho fuerte y cuando iban á subir por los muros vieron que las escalas eran cortas y que no se habia pensado en proporcionarse faginas ni el material necesario y usado en semejantes casos para facilitar la subida. A pesar de esto, probaron los soldados á escalar los muros y no se retiraron hasta haber caido la mitad de ellos bajo el horrible fuego de los sitiados que luego hicieron

una impetuosa salida. Fuese por las heridas, por el desaliento ó por otra causa, el hecho es que desde el momento de la retirada se declaró una epidemia entre la tropa que se llevó en dos días 3,400 individuos, lo cual obligó al consejo de guerra á ordenar el regreso de toda la escuadra á la Jamaica.

Para indemnizarse de tan gran descalabro determinaron los dos jefes desgraciados apoderarse de Santiago de Cuba á cuyo fin desembarcaron en la bahía de Guantánamo, á la cual cambiaron para eterna memoria de su llegada el nombre en el inglés de Cumberland; mas apenas hubo recibido Wentworth las primeras noticias sobre las defensas y fuerzas de Santiago, cuando se convenció de que lo mejor sería retroceder y reembarcarse y así lo hizo en junio de 1741.

El parlamento inglés donde se había dado el grito de guerra: «Abajo Walpole» había sido disuelto á fines de abril, y antes de reunirse el nuevo se supo en Inglaterra el escarmiento completo que su gran armada en las aguas de América había llevado. Entre tanto el rey Jorge había sabido sacar á salvo á su país hereditario, Hanover, de la guerra por la cual la Gran Bretaña había gastado desde el 19 de abril tanto entusiasmo, tantas armas y tanto dinero. La neutralidad que el rey Jorge II obtuvo para el Hanover en 27 de setiembre de 1741 echó una sombra muy fatal sobre su carácter y sobre las frases patéticas relativas á la veneranda pragmática sancion austriaca que contenía su discurso del trono. A no haber sido el rey de Inglaterra á la vez elector de Hanover no habría tenido ningun interés en mezclarse tanto en las cosas de Alemania, y solo la habilidad cortesana y diplomática de lord Harrington, que acompañó al rey á Hanover, pudo engañar al ministerio inglés, confundiendo y enlazando los intereses de los dos países, y hacer votar á las cámaras la cantidad de 300,000 libras esterlinas para la guerra continental, á despecho de la oposicion, la cual había puesto claramente la cuestion en su verdadero terreno declarando sin rodeos: «que aunque el rey, como príncipe elector de Hanover perdiera todos sus estados alemanes, de esta pérdida no resultaria ninguna afrenta ni ningun perjuicio para la Inglaterra.»

El rey había comprometido sin reflexion á Inglaterra en las contiendas de potencias con las cuales este país nada tenía que ver, y apenas había tomado la guerra un aspecto serio, había dejado á la Inglaterra enredada, mientras él sacaba á su país alemán del peligro haciéndolo reconocer por neutral.

En el nuevo parlamento que se abrió en 19 de diciembre fueron tan violentos, y lo que es mas, tan bien fundados los ataques dirigidos por la oposicion contra Walpole, en la discusion de la contestacion al discurso de la corona, que el ministro ideó un plan que á haberlo realizado, habría dado á su nombre una gloria imperecedera y acaso salvado el honor de su administracion. Preguntó en los últimos días de su permanencia en el ministerio á Onslow, orador de su partido: «¿Qué diria V. si yo mismo presentara á la cámara de los comunes un mensaje real, en el cual el rey consintiese en que se hiciera una ley que incapacitara para siempre á todos los miembros de su familia para ser simultáneamente soberanos de Inglaterra, y príncipes electores de Hanover?» La contestacion fué: «Ese seria un mensaje del cielo.» —«Pues se hará», repuso Walpole.

Esta promesa no llegó á realizarse por desgracia de Inglaterra, de Hanover, de Alemania y muy especialmente de la Prusia; porque Walpole cayó, no tanto por los ataques de sus enemigos como por el aislamiento en que le dejaron sus amigos. En las votaciones de la contestacion al discurso de la corona y despues en la votacion de las actas de los distri-

tos quedó en minoría, pero esta derrota no habría sido mortal para el ministerio, pues no se trataba de sus principios de gobierno y de política; lo mortal fué la visible y rápida parálisis de la máquina política que Walpole había organizado y que durante tantos años había trabajado con una exactitud admirable, pero que ya gastada se negaba á funcionar. Su director que nunca aprendió á contemporizar con los individuos de su propio partido si sustentaban distintas opiniones que las suyas, ni supo distinguir ni emplear los talentos de otros, se halló envejecido, con fuerzas y bríos cada día menores, y quedó aislado en frente de una numerosa cohorte de adversarios activos, resueltos y sin consideracion. En 20 de febrero de 1742 fué nombrado Walpole conde de Oxford y dos días despues hizo dimision de todos sus cargos. Hablando muy posteriormente de esta su dimision dijo: «Cedí al pánico de mis amigos.»

Los individuos que reemplazaron á los whigs salientes eran whigs como ellos y nada variaron en el sistema político, ni en el interior ni en el exterior, no obstante que durante muchos años se había hecho tan cruda guerra á la política de Walpole con una pasion que autorizaba á creer que eliminado este hombre del gobierno había de cambiar todo de raíz, personas y cosas. Lo único notable que hubo en el nuevo ministerio fué que Pulteney no fué su presidente, no obstante que el rey ofreció á este temido orador de la oposicion todos los empleos del ministro dimitente y todo el poder completo y omnimodo del gobierno. Pulteney excusó su negativa diciendo que había declarado tantas veces á la faz del país que no aceptaria ninguna cartera de ministro, que si lo hiciese cometeria una grande inconsecuencia. Este modo de proceder se explica solo de dos maneras: ó Pulteney no había reflexionado en la oposicion que cada discurso que fulminaba contra el ministro en el poder implicaba la obligacion tácita pero solemne de acudir cuando el soberano le llamara para gobernar el país mejor que el otro; ó habiendo derribado al ministro estaba convencido de que no lo haria mejor en su puesto; porque su contestacion no pasó de ser un pretexto baladí para rehuir compromisos. Tampoco quiso designar á ningun hombre de su partido cuando el rey le consultó para llenar las vacantes; no propuso mas que whigs, y para la hacienda á lord Wilmington, hombre anciano y ridículamente incapaz; con lo cual hizo patente que no quería que su país tuviese una administracion inteligente de hacienda, y que aquella coalicion de torios rabiosos y whigs descontentos había sido buena para hacer la oposicion, pero era incapaz de gobernar. Hasta entonces tambien había hecho Pulteney el papel de un Caton que todo lo sacrifica á la consecuencia de carácter y de conducta, anteponiéndola hasta al bien de la patria, mostrándose tan desinteresado que había apartado de sí y de sus parciales todos los empleos y compromisos con una constancia admirable; pero una vez vencedor, pretendió tambien una parte en el botin. Despues de haber tenido gran cuidado de que siguiera el gobierno cambiando solo de firma social en el sistema nefasto contra el cual había agitado tanto y por tantos años la opinion del país, solicitó y obtuvo de la corte su elevacion á par del reino, para cuando se cerraran las cámaras. Entonces se le nombró conde de Bath y par. La nacion contestó con un grito de indignacion; y cuando se presentó el nuevo conde por primera vez en la cámara de los lóres se cuenta que Walpole, ya conde de Oxford, le dijo con mofa sangrienta: «Ya estamos aquí, milord, los dos hombres mas perdidos de toda la Inglaterra.» El suicidio político de Pulteney, á quien todo el país calificó de «hombre muerto», fué la primera satisfaccion que tuvo Walpole desde su dimision; la segunda fué el solemne chasco que se llevó la comision,

compuesta de sus enemigos mas irreconciliables, nombrada por el parlamento para hacer una informacion sobre su administracion y descubrir motivos criminales de cohecho, etc., para formarle causa. La tercera satisfaccion, la mayor de todas, fué que su sistema continuó tal como él lo había creado, si bien libre de la oposicion, dirigida, segun demostraban los hechos, exclusivamente contra su persona. Hubo mas: en algunos puntos aquel sistema fué llevado por sus sucesores al extremo; entre otros en lo tocante á la defensa de la pragmática sancion del Austria.

Walpole se había mezclado en este asunto con gran repugnancia, y cuando finalmente lo hizo limitó la participacion de Inglaterra al pago de subsidios; pero lord Carteret, el nuevo ministro de negocios extranjeros del Norte de Europa, se precipitó en la guerra con una pasion y una irreflexion que no se comprenden y solo tienen por excusa que entonces el parlamento estaba tan ciego y era tan imprudente como sus ministros, porque sin hablar siquiera de tentativas para llegar á hacer la paz, aprobó, á propuesta de Pulteney, un convenio de subsidios de 500,000 libras esterlinas con María Teresa, y para la continuacion de la guerra la suma increíble de 5 millones de libras. Carteret por su parte logró que se tomaran 16,000 hanoverianos á sueldo para combatir en union de un ejército holandés contra los franceses en Flandes. Este ejército holandés sin embargo no se presentó, y los Estados Generales de la república rechazaron con inquebrantable constancia todas las instancias de Carteret, de modo que las fuerzas inglesas en Flandes no llegaron á ser mas que una grandísima molestia para el país, donde toda su ocupacion se redujo á comer, beber, dormir y armar pendencias con los patrones en cuyas casas estaban alojadas. Así es que Pitt dijo en 10 de diciembre de 1742 en la cámara de los comunes hablando de esta campaña de hanoverianos: «Ahora se ha hecho palpable que este país, tan grande y antes tan temido, ha descendido hasta el nivel de provincia de un miserable electorado alemán; ahora se ha demostrado que estas tropas solo se han alquilado para sacar dinero de esta nacion desgraciada en virtud de un plan premeditado y seguido invariablemente desde largo tiempo. Como es público y sabido que estas tropas no han sido hasta ahora de ninguna utilidad para la Gran Bretaña ni para el Austria, nadie puede desconocer que el país las mantiene tan solo en beneficio del Hanover.»

Disuelta la alianza formada contra el Austria por la paz hecha con el rey de Prusia, y apartados todos los peligros de aquella monarquía con la conquista de Baviera y el encierro de los franceses en Praga, había llegado evidentemente el momento de negociar una paz sólida, que por parte de la Baviera y de la Francia se habría aceptado con muchísima alegría, y que la misma reina María Teresa se habría visto precisada á solicitar si Inglaterra la hubiese amenazado con retirarle los subsidios. En efecto entró lord Carteret en negociaciones en este sentido con el infortunado emperador Carlos VII por medio de lord Stair, y como este soberano no tenía hecho, como sabemos, ningun convenio de Nymphenburgo con el gobierno francés, pudo escribir muy bien en 1.º de agosto de 1742 á su agente el conde de Seinsheim: «Debe bastar á lord Stair lo que envié á decir y lo que confirmo con mi palabra de honor, á saber: que puedo y quiero separarme de la Francia siempre que los austriacos evacuen mi país y me cedan el territorio limítrofe con las plazas fuertes que en él hay.» Estas condiciones no satisficieron al gobierno inglés, el cual exigió la condicion inaceptable de que el emperador tomara parte en la guerra contra la Francia su aliada y amiga, exigencia que Carlos VII rechazó con indignacion. Véase lo que escribió á su agente Seinsheim

ÉPOCA DE FEDERICO EL GRANDE

en 6 de agosto de 1742: «Puede V. manifestar á lord Stair que me ha sorprendido mucho que se haya atrevido á proponerme un convenio que rechazaria cualquiera persona honrada cuanto mas un príncipe de mi familia, jefe de la nacion alemana, y por cuyas venas no corre sangre de traidores. Para arrojarse á una guerra es preciso tener motivos importantes y honrosos; y si yo he emprendido la presente ha sido despues de pesar todas las razones con madurez. Hacer yo ahora la guerra á la Francia por el único motivo de que su situacion es difícil, no seria proceder honradamente; seria una injusticia sin ejemplo, pues que la Francia se halla en esta situacion precisamente por haber defendido mi causa, que es tan justa. Sepa el lord que nada he prometido á la Francia, ni una sola aldea, en pago y recompensa de su auxilio, y que si ha tomado parte en la guerra, lo ha hecho únicamente por la amistad que me tiene. Verdad es que me dió un momento un justo motivo de queja con su inaccion y tibieza, sin por esto abandonarme del todo como muchos se figuran, pero ese no es motivo para que yo cambie de partido cuando mi honor se opone á ello.»

La cláusula que rechazó el emperador prueba que la Inglaterra no quería la paz sino una guerra mas general y enérgica contra la Francia; es decir, que la cegaban las mismas ilusiones que á María Teresa. Ninguna ventaja sacó de esta política el Austria, y solo á su condicion geográfica debió la Inglaterra el librarse de las consecuencias funestas que de otra manera le habrían provenido de su política inconsiderada, aventurera y necia. Pitt indicó la única política continental prudente y sana de la cual su país jamás se debia haber apartado. «Verdad es que tenemos interés en la conservacion del equilibrio europeo, dijo en su discurso; pero como somos los que están mas apartados del peligro, debemos siempre ser los menos accesibles á la envidia, y los últimos en alarmarnos.»

Nunca ha pecado mas la Inglaterra contra esta regla que cuando se sometió á las veleidades belicosas de su rey Jorge II; y para nosotros seria ocioso seguir su política embrollada y embrolladora, calificada por Federico II de demencia perjudicial á la seguridad pública, y por Guillermo Pitt, por lo menos entonces, de política en que no podia descubrir un átomo de idea nacional; diciendo: «Nuestro ministro anterior solo pensaba en negociar cuando debia haber pensado solo en la guerra, y el actual procede al revés, solo piensa en hacer la guerra cuando no debiera pensar mas que en negociar.» El rey Jorge en su ciega vanidad quería hacer la competencia á su sobrino el rey de Prusia, cuyos laureles no le dejaban reposo; él y sus ministros, que no sabian lo que significaban, ni sentian los males terribles que las guerras infligen á los países adonde alcanzan, querian á toda costa que la marítima Inglaterra se presentara tambien en el continente como potencia militar terrestre.

El ejército inglés que desde mas de un año estaba en Bélgica, entonces bajo el dominio del Austria, recibió en marzo de 1743 orden de pasar á Alemania, á despecho de todas las protestas del rey de Prusia y del mismo emperador. Su presencia al otro lado del Rhin hizo que el cabildo de la catedral de Maguncia eligiese al candidato austriaco, conde de Ostein, como prelado y príncipe elector, en lugar del hermano del emperador; y la marcha de este ejército al río Mein obligó al emperador á abandonar á Francfort y dirigirse á su país, que cabalmente sufría mas dolorosamente que nunca el peso de la dominacion austriaca cuyo ejército avanzaba entonces con rapidez y nuevos bríos.

Llegado que hubo el ejército inglés, compuesto de tropas inglesas y de hanoverianas á sueldo, cerca de Francfort, se detuvo y permaneció allí en completa inaccion todo el mes